

Mi resguardo

Mayela Ropele Maúl

La casa donde vivo desde que era niña, es mi espacio favorito, ayer como hoy. Al transcurrir el tiempo se ha ido transformando, pero en cada rincón queda la esencia de lo vivido en la niñez y en la adolescencia al calor de la familia.

Uno de mis espacios predilectos fue el lavadero, el cual se encontraba en el patio, al aire libre; me paraba sobre él como si fuera un podium y declamaba las poesías que presentaba en los concursos de la escuela. Desde esa altura yo podía observar el cerro Púlpito con sus arbustos de fronda verdosa, o café brillante en el otoño; y las nubes esponjadas de todos colores que al entrelazarse formaban figuras que me inspiraban a crear mis propias poesías.

En el invierno, el espacio principal de reunión es la sala; a la mitad de ella se encuentra una chimenea que al encenderla irradia calor a toda la casa. El árbol de navidad se coloca en uno de sus rincones; mi mamá, mis hermanos y yo éramos los encargados de adornarlo. Traíamos un huizache y en sus espinas ensartábamos palomitas de maíz y gomitas de colores, luego acomodábamos la serie de focos que prendían uno sí y cinco no, y así nos quedaba el árbol más espectacular que cualquier casa pudiera tener.

Hasta hace pocos años el arreglo corría a cargo de mis hijos y de mí; era un árbol verde metálico, con focos de colores que encendían todos a la vez y adornos de mimbre con listones rojos. Hoy adorno yo sola el árbol verde, grande, de frondosas ramas, con su serie de focos y sus esferas de colores. Me sigue agradando sentarme frente al árbol y la chimenea para disfrutar del calor del fuego y del aroma y sabor de las naranjas tatemadas; ayer lo hacía en compañía, pero hoy lo disfruto sola.



De todos los espacios y rincones de la casa, el favorito es mi recámara, ayer compartida con mis hermanos. Recuerdo aquellos momentos interminables de juegos con las almohadas, brincando en la cama, leyendo los comics de Archi, Memín Pinguín, Superman... En una ocasión el respaldo de la cama se quebró y cayó sobre mi hermana y sobre mí. Al acostarnos, mi mamá nos persignaba y apagaba la luz.

Hoy comparto esa recámara con mi pareja; ahí veo televisión, tejo bufandas y chalecos, o me recreo con la lectura de un buen libro. Frente a las fotografías de mis hijos acomodadas sobre un buró, me traslado en el tiempo para recordar los buenos momentos vividos con ellos; y lloro por la alegría de verlos realizados o por el dolor que me provoca su ausencia; o por el desamor de un momento no compartido con mi esposo. Junto a él, y en presencia del Ser Supremo, he tomado las mejores decisiones, he librado las más grandes batallas y, a la luz de unas velas con aroma de canela, he disfrutado con él lo más hermoso del amor.